



5 minutos de charla

MARIA DEL CARMEN KRUCKENBERG, EL MUNDO EN VERSO Y LA TAUROMAQUIA EN LINEA

VIVIR cantando, vivir recitando poemas o vivir escribiéndolos es, tal vez, la más lejana, pero la más profunda de las aspiraciones de cualquier hombre que alguna vez haya tenido que inclinarse, física o moralmente, para ganarse el pan. Pero vivir así no es fácil. El mundo no es precisamente una ilusión, que es más bien tierra parda, y la tierra parda está reñida con la ilusión. Por eso, los poetas han de apoyarse en algo material para vivir. María del Carmen Kruckenberg, de ascendencia alemana, pero gallega de pies a cabeza, se apoya en una tienda que, con una amiga, tiene en Santiago. Ella vive en Vigo.

Con su apellido de difícil pronunciación para un español, María del Carmen Kruckenberg escribe no sólo poesía castellana, sino gallega. Sí, gallega. En este idioma tiene dos volúmenes y se va a lanzar con el tercero. Luego tiene otros diez libros, de los cuales siete son poemas en castellano y uno, un cuento.

María del Carmen se sienta frente a mí, fuma un cigarrillo, toma un café con leche y se echa ligeramente hacia atrás su cabello cortado como a tijeretazos violentos, deja sus amplias gafas oscuras sobre un libro y me deja entrever ligeramente otro con pastas rojas que se titula «La tauromaquia en verso y en línea», de la que es autora. Cuando habla, mueve expresivamente su mano derecha que sobresale de una muñeca delgada.

—María del Carmen, para conocerlos, dígame: ¿Cómo es su mundo?

—Mejor diríamos mi vida. Es una vida llena de mundo en verso. Realmente mi vida se ha desarrollado a lo largo y ancho del mundo, hasta hace seis años, en que me he venido para Galicia.

—Esa vida de nómada, ¿le ha permitido conocer a muchos poetas?

—A muchísimos, claro. Y no sólo a poetas, claro. Ya se puede imaginar que andando por Francia, Holanda, Alemania, Austria, Italia, Norte de Africa, Argentina, Uruguay, Brasil, Estados Unidos, etc., no sólo se ha de hablar con poetas. Sin embargo he de reconocer que los poetas son los que han dejado más huella en mí. Por ejemplo, en Argentina, donde viví cuatro años, conocí a Alberti, que fue casi mi padre en la poesía. El me animó a publicar los dos libros que entonces tenía escritos yo. Claro que también he conocido muchísimo al último Nobel, Miguel Angel Asturias, a Cassona, a Juana Ibarbourou, al hermano de García Lorca, en los Estados Unidos; a Jorge Guillén, a Salvador de Madariaga, a Regino Sáinz de la Maza. En fin, todo un mundo cultural.



—Sin duda. ¿No han influido estas amistades, estos conocimientos en su poesía? Dicho de otro modo, ¿no se refleja alguno de ellos en su poesía?

—Creo sinceramente que no.

Pese a mi profunda amistad con Alberti, a mi admiración hacia él, a que, como dije antes, es mi padre poético, mi poesía no se parece en nada a la suya. Mi poesía tiene raíz gallega. Aún la castellana tiene esa raíz. El paisaje y el hombre es lo más importante en ella. No es poesía enteramente social, sino humanística: el amor y el hombre son las cosas fundamentales para mí.

—Hablando de Galicia, ¿cómo está nuestro momento poético?

—En un momento espléndido. Hay una enorme inquietud. Y es lógico. Es imprescindible guardar el idioma, y la poesía se está preocupando de ello.

—Ese volumen «Tauromaquia en línea y verso», ¿qué es?

—Pues es realmente la mujer en los toros. Es, creo, la primera vez que una mujer habla poéticamente de ellos. La generación del 26 se había preocupado del tema. Alberti, Alexandre, Gerardo Diego y otros escribieron mucho sobre toros. A mí se me ocurrió hacer en verso una corrida de toros con las suertes más clásicas del toreo.

—Seamos sinceros, María del Carmen, ¿pasa a la pag. DIECINUEVE?

5 minutos de charla

(Viene de la ULTIMA PAGINA)

Carmen. ¿Se venden los libros de poesía?

—A la larga se vende todo. Incluso los versos.

—Prosaico consuelo. ¿Por qué no escriben los poetas en prosa?

—Está claro que dejarían de ser poetas. Además, el poeta, que nace, que no se hace, es así más conciso.

—Algunas gentes, que no yo, claro, dicen que los poetas no son enteramente normales. ¿Qué me dice?

—Puede que tengan razón. En realidad yo creo que ningún artista es normal, por lo menos en el sentido en que creemos que los demás lo son.

—¿Y a qué puede atribuirse esta, digamos, anormalidad?

—Tal vez a la inquietud por lo que les rodea, por la vida.

—Usted ya tiene una cierta producción. Sin embargo, ¿es bastante conocida?

—En Galicia, no demasiado. En Madrid, por ejemplo, sí, mucho. Pero aquí no. Y la culpa es mía. ¡He estado tanto tiempo fuera...!

—Bien, ¿se compagina la tienda, que es asunto mercantil, con la poesía, que es asunto espiritual?

—No, no. Pero no hay más remedio. No se puede vivir de la poesía.

—Reconozcamos que también la cosa sería cómoda...

—Sí, pero ¿no es el ideal del hombre vivir de lo que a uno le gusta?

—Por cierto, María del Carmen, que algunos dicen que los poetas son un poco los parásitos en hombre.

—Esa acusación pudiera estar justificada en algún caso hasta el siglo XIX. Hoy no, claro que no.

—Ya que nos hemos metido con el tiempo, ¿tiene el poeta una edad para jubilarse, como el peón albañil, pongo por caso?

—¡Ay, no! La madurez, en la poesía, da acaso más fuerza. Poetas de setenta y más años siguen

escribiendo con idéntico vigor que en su juventud.

—¿Es un desengañado el poeta?

—No; es un dolorido.

—¿Dolorido? ¿De qué?

—Por la vida, que lo lastima. El poeta es un hombre que quisiera ver un mundo totalmente distinto. Y como no puede transformarlo, se duele.

—¿Será, por ventura, Johnson un poeta?

EUGENIO PONTON